

# Asesinando la Democracia -otra vez-

Carlos M. Adrianzén Cabrera  
Economista.

Dicen los especialistas que no hay cosa más difícil de definir y más fácil de asesinar que una democracia. Los peruanos, en estos accidentados inicios del tercer milenio, nos encontramos hoy -sin mucho oficio y tal vez con menos vocación- involucrados en la tarea de reconstruirla. Sobre este punto, como en pocos, deberíamos ser respetuosos de la tradición (si la hubiéramos tenido) o, mucho más juiciosamente, de la historia, que nos expone al porqué de los fracasos pasados. Frente a esta perspectiva, es útil reconocer que ella no parece contrastar que aprendemos de nuestros errores. Y es que los setenta nos debieron haber enseñado cuán contraproducente era la mezcla de totalitarismo económico “tropical”<sup>(1)</sup> y autoritarismo político. De estas costosas dictaduras socialistas debimos haber interiorizado la importancia de construir una democracia moderna. Una democracia de esas que, sin oprimir a la libertad económica -requisito para alcanzar niveles mayores de crecimiento y bienestar- hubiera sido capaz de fundamentar instituciones para una democracia participativa.

En los ochenta, por otro lado, debimos haber aprendido cuánta frustración alimenta una democracia formal o de papel. Bajo administraciones esforzadas en consolidar facetas de democracia representativa, pero que persistieron en la aplicación de una visión económica intervencionista -como la esbozada en la Constitución del '79- y dentro de la cual la corrupción era más que difícil de esconder, gran parte de la población adquirió la imagen de que la democracia en los trópicos era incapaz de ofertar crecimiento económico y estabilidad o, siquiera, de asegurar el orden interno, y que los partidos políticos locales no ofertaban alternativas de gobernabilidad creíble.

A continuación, en los noventa -años contruidos sobre la alta decepción popular respecto a la democracia- además de instaurar un régimen autocrático, se apostó, sin mayor reflexión, a introducir ciertos principios económicos liberales reflejados en la Constitución del '93. Aquí, desafortunadamente, este cambio se da más como resultado de necesidad de reinsertarse al sistema financiero internacional (léase: para recibir capitales del exterior), que como un intento de validar económicamente un nuevo estilo de democracia.

Así, en perspectiva, no resulta nada esperanzador reconocer como de década a década no aprendimos mucho. Pasamos en los setenta de un autoritarismo populista en lo económico y dictadura en lo político, a otra década que avanzó en las formas democráticas, pero que llegó -en su segunda mitad- a profundizar el intervencionismo a niveles aberrantes. Todo esto permitiendo que, luego, en la década siguiente, buscando superar el colapso económico y el avance del terrorismo, se copie parte de la receta “washingtoniana” de una reforma económica liberal, y que el éxito de ésta se use para alargar el mandato previsible para otro gobierno autocrático y corrupto, a la Velasco Alvarado.

Note aquí, estimado lector, primero, la secuencia. Una década explicaría la otra. La incapacidad de las democracias pre-velasquistas explicarían los gobiernos militar-socialistas. La opresión, corrupción e inconsistencia económica de estos últimos fundamentarían el retorno del segundo régimen belaudista, el cual -a su vez- explicaría la aparición en escena del gobierno heterodoxo del ex presidente García y con este último, el abierto cuestionamiento popular a las democracias formales. Finalmente, este clímax de la “democracia de papel” explicaría por qué los electores optaron por el *tsunami* fujimorista<sup>(2)</sup>. El cual, es bueno

(1) Ese que los economistas denominan como **populismo** y que implica un esquema abierto de totalitarismo económico sesgado hacia lo redistributivo y la reactivación del gasto nominal. Pero que es tradicionalmente construido sobre la ignorancia de restricciones económicas elementales.

(2) Y luego aceptaron con relativa facilidad el quiebre institucional de abril de 1992.

insistir, luego de algunos meses de desconcierto heterodoxo, sólo copia parte de una receta para recibir recursos externos. Gracias a los cuales puede reactivar la demanda interna primero y, luego en su segundo periodo, plasmar un estilo más autocrático e intervencionista.

El segundo elemento de esta historia se aprecia recordando al profesor Friedman. Para este Nobel de Economía: “(...) la democracia y la libertad nunca han podido obtenerse o mantenerse excepto en sociedades dentro de las cuales la abrumadora mayor parte de la actividad económica se organiza a través de la libre empresa (...)”<sup>(3)</sup>.

Y es que el *quid* dentro este penoso círculo **-de dictaduras, democracias de papel y autocracias-** señalaría justamente su abierto desprecio hacia lo privado y el funcionamiento competitivo de los 2 mercados. Es que la democracia no estructura participaciones estables en un ambiente en el que, en lugar de florecer los negocios privados de cada región, prosperan quienes negocian sobre la base de dádivas, mercantilismo o la corrupción estatal.

### **Sobre cómo salvarla.**

Hoy el reto de consolidar la democracia no recae exclusivamente sobre el ejecutivo. No olvidemos, éste configura una suerte de poder maniatado (**por las expectativas que él mismo generó**) y no cuenta con una mayoría congresal que lo respalde. El electorado ha querido que el legislativo gobierne. Con esto y dado lo frágil de las coaliciones dentro de éste, se ha configurado un estilo de gobierno intervencionista y en el que sólo prevalece lo concertado. En el que es posible lo que es popular y lo que no es popular se desmantela o se congela. Para este estilo no importa que requiramos inversión privada urgentemente. Las

privatizaciones no son populares. Tampoco importaría que los departamentos estén descapitalizados, las elecciones regionales y la distribución del botín presupuestal seguirá su curso (porque son populares). De esta forma hemos reingresado a los ochenta: con intentos para reconstruir formalidades de una democracia regionalizada por un lado, y por otro, con la proliferación -a nombre de la tercera vía- de medidas populistas.

Para contrastar esto no hay que esforzarnos mucho. Sólo basta con enfocar el proyecto de régimen económico constitucional -que introduce elementos tales como: la re-estatización de la seguridad social, la estabilidad laboral absoluta, la obligación reactivadora de la autoridad monetaria, *et al-* o, simplemente, revisar las últimas medidas económicas (i.e.: la reintroducción de escalonamientos arancelarios, la creciente regulación estatal a los mercados de crédito y trabajo, la creación de un banco de desarrollo para el agro, de zonas francas, de incentivos tributarios sectoriales, así como la configuración de veinticuatro ejecutivos y legislativos nuevos en cada departamento).

Más allá de justificadas reacciones contra el fujimorismo, es crucial comprender que su régimen sólo tuvo, de liberal, el discurso, y que los mismos intereses que cosecharon los beneficios del neopopulismo del último quinquenio, nos venden hoy ese viejo sesgo contra la libre empresa.

Esto le hace hoy mucho daño a la democracia. Y se lo ha venido haciendo desde hace varias décadas. No sólo mina sus posibilidades de entregar crecimiento y estabilidad, sino que alimenta una reacción antidemocrática. Y que -tal como sucedió en los aciagos días de la presidencia del doctor García- el colapso económico subsecuente sea nuevamente usado para justificar la peregrina teoría de que para crecer establemente se necesita otro gobierno “fuerte”.<sup>⚡</sup>

(3) De *Foreign economic aid: means and objectives*. Yale Review, 1958.